

EN EL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Nahui, Antonieta y Nellie: transgresoras del siglo xx

Patricia Rosas Lopátegui

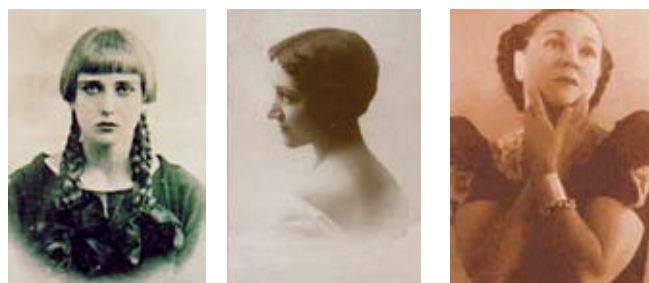
EN LOS FESTEJOS DEL CENTENARIO de la Revolución Mexicana, no debemos olvidar la participación femenina que dio forma y sentido al México posrevolucionario. En este espacio quiero recordar a tres mujeres artistas, tres escritoras y promotoras culturales que abrieron fronteras nacionalistas para colocar a México en el mapamundi con su obra y su lucha por la defensa de una nación multicultural, vanguardista y democrática.

Las vidas de Nahui Ollin, Antonieta Rivas Mercado y Nellie Campobello se entrelazaron ineludiblemente. Las tres rompieron con los valores represivos patriarcales y retaron sin miramientos —a costa de su propia vida— a la sociedad hipócrita y corrupta del naciente México posrevolucionario.

Carmen Mondragón, a quien el Dr. Atl bautizara como Nahui Ollin, nació en 1893; Antonieta Rivas Mercado y Nellie Campobello en 1900. Las dos primeras nacieron en la capital mexicana, fueron hijas de hombres prominentes del Porfiriato y recibieron una educación privilegiada, en México y en Francia. Nellie, por otro lado, nació en Villa Ocampo, Durango; era norteña, de familia pobre, y vivió en carne propia la lucha de los villistas en Parral, Chihuahua.

Tanto Nahui, como Antonieta y Nellie, se distinguen en nuestra historia y vida cultural por ser mujeres no sólo cultas, sino brillantes, de una inteligencia precoz, que las llevó a ser protagonistas del México vanguardista de los años veinte.

Aquí no nos interesa hablar de los hombres con quienes Nahui, Antonieta y Nellie enlazaron sus vidas, ya que en nuestra sociedad falocéntrica son ellos los que han recibido todos los privilegios editoriales, publicitarios y la atención de parte de la crítica —sea Manuel Rodríguez Lozano con



Nahui Ollin, Antonieta Rivas Mercado y Nellie Campobello

quien Nahui Ollin contrajo nupcias y con quien Antonieta Rivas Mercado sostuvo un amor platónico; llámese Dr. Atl, con quien Nahui Ollin entabló una apasionada relación amorosa; o Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y todos los escritores del grupo de Ulises a quienes Antonieta patrocinó para que publicaran sus libros y revista literaria; o llámese José Vasconcelos, el hombre que luchó por la democracia en México en 1929 y a quien Antonieta no sólo amó sino que le auspició su campaña presidencial; o José Clemente Orozco y Martín Luis Guzmán, amigos sinceros y grandes defensores del talento de Nellie Campobello. A ellos ya se les ha hecho justicia y hay centenares de estudios sobre su obra y su voz ha sido escuchada.

Por lo tanto, lo que pretendemos es hablar de ellas, de sus contribuciones; darle cabida a su voz mediante segmentos de sus poemas, ensayos, o artículos periodísticos para desempolvarlas del olvido en que han permanecido casi un siglo.

¿Qué otra mujer en México ha escrito lo que Nahui Ollin registró a muy temprana edad? A los diez años, Carmen Mondragón escribió en su cuaderno de colegiala:

Soy un ser incomprendido que se ahoga por el volcán de pasiones, de creaciones que no pueden contenerse en mi seno, y por eso estoy destinada a morir de amor, del único amor para el cual mi alma fue creada a soportar y para el que debo ser la vestal más fiel en mi templo sagrado de amor. ¿Pero qué es lo que digo? Soy dichosa y no lo soy: ¿Por qué no lo soy? No soy feliz

porque la vida no ha sido hecha para mí, porque soy una llama devorada por sí misma y que no se puede apagar; porque no he vencido con libertad la vida teniendo el derecho de gustar los placeres, estando destinada a ser vendida, como antiguamente los esclavos, a un marido. Protesto a pesar de mi edad por estar bajo la tutela de mis padres.

Hay que empezar por señalar que los libros de Nahui Ollin nunca se han vuelto a reeditar: *Óptica cerebral. Poemas dinámicos* (1922), *Câlinement je suis dedans* (1923), *A dix ans sur mon pupitre* (1924), *Nahui Ollin*, (1927) y *Energía cósmica* (1937). Sospecho que esto obedece a la leyenda negra creada alrededor de Nahui, estigmatizada de loca, ninfómana, etcétera, todos esos apelativos que la sociedad conservadora le atribuye a las mujeres que se atreven a cuestionar los valores opresivos. Nahui Ollin le escribió al Dr. Atl cuando descubrió sus infidelidades:

Puedes seguir desacreditándome contando nuestra vida a tu modo —los miserables obran siempre de esa manera— no tienen otro desahogo que hablar mal de las gentes que los quieren y a quienes les deben servicios. Me debes el servicio de haberte iluminado con mi inteligencia y el de tener todavía sobre tu espíritu la potencia de mi amor. Puedes deturparme, puedes escribir contra mí en estos inmundos periódicos liberales y puedes reírte de mis amenazas —todo lo que quieras— pero lo que no te he tolerado ni puedo tolerar ni te toleraré jamás es tu infidelidad, tu engaño (...) Odio a los cobardes como tú porque yo soy franca, sincera, brutal como todo lo que es grande, como todo lo que es único.

Mi belleza y mi inteligencia no han podido ni podrán ser nunca comprendidas por un hombre como tú, vil y rastroso que vive de la limosna intelectual de sus amigos y de los plagios hechos en los libros.

Además, la poesía de Nahui Ollin resulta relevante en nuestras letras, no sólo por sus innovaciones estilísticas enmarcadas en las vanguardias de los años veinte, sino por su posición desmitificadora respecto al papel de la mujer en la sociedad. Nahui es una de las pocas escritoras que goza con la sensualización de las palabras, porque para ella la vida no se explica sin la pasión de rebasar los límites establecidos, la belleza erótica que se desprende de los colores, de la sensación que hay en cada movimiento, y por eso se atreve a calzar esos zapatos de colores prohibidos por las “buenas conciencias”:

—PARA CALZARME—

Para calzarme
los pies
tengo que
buscar
unos zapatos

rojos y negros
que besen
la tierra
con las puntas
que perfeccionen
los contornos
de mis piernas
con unos calzados
rojos y negros
que señalen
el peligro
de ver
mis piernas
salir
de mis faldas
que terminan
en las rodillas.

Y
recojo
mis
faldas
con
grandes nudos
que
no desato
más que ante las
miradas de aquel
a quien
le gustan mis rodillas
mis
pies calzados
con
unos zapatos

Rojos y Negros

En
mis pasos
que
son tan diferentes
caminando
he inventado
una música
moderna
que
repite
mis inquietudes
encarceladas
en mis pies
calzados
de rojo
de negro.

Colores

que se pueden ver
sin ver

que hay en mi vida
en mis pasos
en mis pies
algo

Rojo y Negro

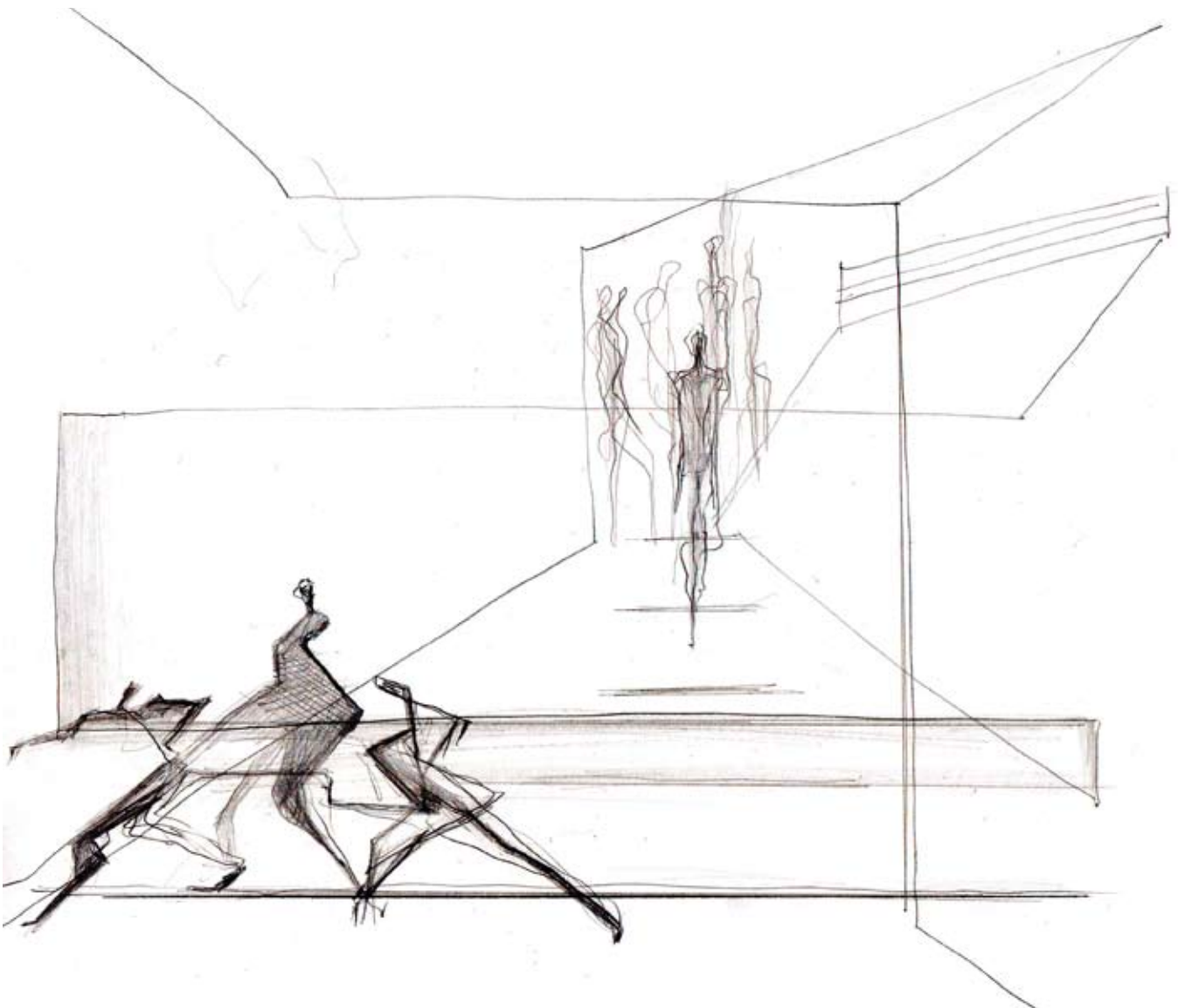
En lo que a Antonieta Rivas Mercado concierne, no sólo fue mecenas de los Ulises y de la campaña de Vasconcelos; fue también una librepensadora que luchó por democratizar México y lo apostó todo por liberar a la mujer de esos viejos atavismos que la han aprisionado por siglos. Vale la pena resaltar un fragmento de su ensayo “La mujer mexicana” (1928):

Las mujeres mexicanas en su relación con los hombres son esclavas. Casi siempre consideradas como cosa y, lo que es peor, aceptando ellas serlo. Sin vida propia, dependiendo del hombre, le siguen en la vida, no como compañeras, sino sujetas a su voluntad y vendidas a su capricho. Incapaces de erigirse en entidades conscientes, toleran cuanto del hombre venga. El resultado es que éste no estima ni respeta a la mujer y que ella se conforma, refugiándose en lo que han llamado su bondad.

Pero ya es tiempo de decirles que se trata de un poco de éter o cloroformo sentimental que el hombre les ha estado dando.

En su batalla en contra de la corrupción, los fraudes electorales, el caudillismo del México posrevolucionario, recordemos su célebre recapitulación sobre la cruzada vasconcelista, en la cual participó en cuerpo y alma, como una Juana de Arco. Y este párrafo de Antonieta nos remite al mismo sistema político mexicano que seguimos padeciendo en pleno siglo XXI. Su actualidad es avasalladora:

La campaña electoral duró un año, de noviembre 1928 a noviembre 1929. Como el candidato independiente, que tuvo su campaña entera financiada por la propia gente, ganara cada vez más la voluntad del pueblo, el Gobierno se vio obligado, a fin de mantener el prestigio de su candidato ingeniero, a armar costosas y falsas recepciones y a tapar la boca a la prensa mexicana. Viendo que estas medidas eran ineficientes para aminorar el entusiasmo del pueblo, el Gobierno empezó a hacer terrorismo aun cuando al mismo tiempo mantuviera el engaño de que “las elecciones eran democráticas y libres”. De este modo los seguidores de Vasconcelos empezaron a ser perseguidos, encarcelados y asesinados, y hubo varios ataques a la persona misma de Vasconcelos. Llegó



un momento en el que pertenecer al partido de Vasconcelos significaba persecución segura, muerte probable.

La honestidad e integridad de Antonieta fueron indestructibles. Pocos seres humanos como Antonieta Rivas Mercado poseen la capacidad de mantenerse fieles a sus ideales. Estas palabras finales suyas reflejan su carácter:

Salí del Consulado presa de gran agitación. Se hallaban allí, y se apresuraron a saludarme, dos de nuestros famosos compositores populares: Tata [Nacho, Ignacio Fernández Esperón] no sé cuántos, y el otro también célebre. Partían también para México y se felicitaban de que pudiésemos ser compañeros de viaje. “¡Tan chulo nuestro México!” dijeron. En ese momento perdí la calma y prorrumpí casi en insultos: “¡Tan puerco, les dije, tan puerco como todos los que ven con indiferencia aquella situación! ¿Qué no les da asco? ¿Qué ya se acabaron los hombres? Por mi parte a mí me da náuseas pensar que he de volver a mirar las caras de todos aquellos rufianes sin ponerles el puño en el rostro...!”

Nellie Campobello fue mujer de muchas pasiones. Por un lado la danza, por el otro, la escritura. Norteña, brusca, libre, contestataria, narradora de insólitas historias, bailarina, poeta de la vida, coreógrafa, maestra, luchadora incansable. Francisca Luna, o Francisca Moya Luna, se autonombró Nellie Campobello, y así la conocerían sus contemporáneos y sus lectores en los siglos por venir.

En 1929 publica su poemario, *Yo!*, firmado por “Francisca”, a manera de seudónimo, aunque en realidad era su verdadero nombre. En 1931 aparece *Cartucho, relatos de la lucha en el Norte de México*, novela innovadora, en la que desacraliza y pone en tela de juicio los mitos creados desde el poder sobre la Revolución Mexicana. Sus héroes: Pancho Villa y sus valientes Dorados. Seis años más tarde, en 1937, publica *Las manos de Mamá*, homenaje a su madre Rafaela y a los hombres y mujeres que lucharon por el ideal de la justicia. Nellie no descansa. Es un torbellino, un volcán repleto de proyectos. En 1940, su interés por las danzas de México la llevan a investigar el origen de los bailes en las diferentes regiones y publica —junto con su hermana Gloria— *Ritmos indígenas de México*. Tres años antes había asumido el puesto de directora de la Escuela Nacional de Danza (END) del Instituto Nacional de Bellas Artes, al frente de la cual desempeñará un papel memorable, desde 1937 hasta 1984.

He aquí uno de sus poemas transgresores:

FUERZA MONTAÑAS GRANDEZA

Fui corriendo
a derribar
montañas

estaba ebrio
de grandeza
mi cerebro y de
fuerza mi cuerpo

Va a haber
desbordamiento
de fuerza
les decía
a mi paso
y voy a derribar
cerros
con mis manos

Miren cómo
puedo echar abajo
los árboles
volverlos
pedazos

Son mis manos
rojas de sangre
que me obedecieron
mas ellas se volvieron
pálidas
para pedir perdón
por la audacia

No quiero
manos pálidas
que pidan
perdón
al cielo
las quiero
rojas
para derribar
cerros

Que venga
el desbordamiento
de fuerza
y de grandeza
manos rojas para
derribar cerros
manos que no se
sorpندان de tener
cerebro.

Su novela, *Cartucho*, representa en la literatura universal la voz y la perspectiva del pueblo, la revolución descarnada de los hombres y mujeres que se lanzaron a la lucha armada en busca de justicia. Con un lenguaje poético, Nellie retrata —sin retoques— al rojo vivo, el México profundo, el de los seres más desvalidos; no el México de los oportunistas para quienes la Revolución fue un botín. He aquí un segmento de esta joya de la literatura:

Cartucho no dijo su nombre. No sabía coser ni pegar botones. Un día llevaron sus camisas para la casa. Cartucho fue a dar las gracias. “El dinero hace a veces que las gentes no sepan reír”, dije yo jugando debajo de una mesa. Cartucho se quitó un gran sombrero que traía y con los ojos medio cerrados dijo: “Adiós”. Cayó simpático, ¡era un cartucho!

Un día cantó algo de amor. Su voz sonaba muy bonito. Le corrieron lágrimas por los cachetes. Dijo que él era un cartucho por causa de una mujer. Jugaba con Gloriecita y la paseaba a caballo. Por toda la calle.

Llegaron unos días en que se dijo que iban a llegar los carrancistas. Los villistas salían a comprar cigarros y llevaban el 30-30 abrazado. Cartucho llegaba. Se sentaba en la ventana y clavaba sus ojos en la rendija de una laja lila. A Gloriecita le limpiaba los mocos y con sus pañuelos le improvisaba zapetitas. Una tarde la agarró en brazos. Se fue calle arriba. De pronto se oyeron balazos. Cartucho con Gloriecita en brazos hacía fuego al Cerro de la Cruz desde la esquina de don Manuel. Había hecho varias descargas, cuando se la quitaron. Después de esto el fuego se fue haciendo intenso. Cerraron las casas. Nadie supo de Cartucho. Se había quedado disparando su rifle en la esquina.

Unos días más. Él no vino; Mamá preguntó. Entonces José Ruiz, de allá de Balleza, le dijo:

—Cartucho ya encontró lo que quería.

José Ruiz dijo:

—No hay más que una canción y ésa era la que cantaba Cartucho.

José era filósofo. Tenía crenchas doradas untadas de sebo y lacias de frío. Los ojos exactos de un perro amarillo. Hablaba sintéticamente. Pensaba con la *Biblia* en la punta del rifle.

—El amor lo hizo un cartucho. ¿Nosotros?... Cartuchos.

Dijo en oración filosófica, fajándose una cartuchera.

En el Prólogo a *Mis libros*, Nellie no se anda por las ramas y ataca al *statu quo*:

Podría decir también, pero no deseo decirlo, cuánto ganaría esta raza nuestra, llena de cualidades, si aboliera la debilidad de caer en la imitación; imitación de lo inútil, por supuesto de lo fácil. He dicho que no lo digo, sólo deseo insinuarlo. Si el mexicano ayudara al mexicano, juntos cantaríamos un himno a nuestra raza. Nuestra raza india, nuestros fantásticos mestizos, pletóricos de recursos y palabras, y mientras más desheredados más capaces y heroicos. Porque yo me digo: Amar al pueblo no es sólo gritar con él en fiestas patrias, ni hacer gala de hombría besando una calavera de azúcar, ni rayar un caballo, ni deglutir, de un sorbo, media botella de tequila. Amar a nuestro pueblo es enseñarle el abecedario, orientarlo hacia las cosas bellas, por ejemplo, hacia el respeto a la vida, a su propia vida, y, claro está, a la vida de los demás; enseñarles cuáles son sus derechos y cómo conquistar estos derechos; en fin, enseñarle con la verdad, con el ejemplo; ejemplo que nos han legado los grandes mexicanos, esos ilustres mexicanos a los cuales no se les hace justicia. ¿Será porque no

hemos tenido tiempo? ¿Porque los ignoramos? Se podría decir: ¿Porque no sabemos?

Mujeres de este calibre no podían ser aceptadas cabalmente ni por los funcionarios públicos, ni por los intelectuales, ni por sus esposos o amantes. Representaban una amenaza. Así, Nahui Ollin se recluyó en sí misma a partir de 1945, y murió en la pobreza en 1978, dejando una amplia obra pictórica y poética. Antonieta un día se fue a Notre Dame y frente al Cristo crucificado se dio un tiro en el corazón, estaba apenas por cumplir 31 años. Y Nellie tuvo un final de novela de terror. María Cristina Belmont Aguilar y su esposo Claudio Fuentes Figueroa, también conocido como Claudio Niño Cienfuentes, la secuestraron en su domicilio de Ezequiel Montes, para robarle desde joyas, documentos inéditos de Pancho Villa, obras de José Clemente Orozco, Carlos Mérida, Roberto Montenegro, hasta que terminaron por matarla. El cuerpo de Nellie desapareció de la vida pública en 1985 y falleció el 9 de julio de 1986. Tuvieron que pasar más de diez años para encontrar sus restos mortuorios, debido a la indiferencia, a la apatía, al total desinterés de los funcionarios de la cultura.

Gracias a la labor de rescate de Kathryn Blair —nuera de Antonieta—, de Miguel Capistrán, de Luis Mario Schneider, tenemos acceso al legado de Antonieta Rivas Mercado; en el caso de Nahui Ollin, la labor de Tomás Zurián nos ha devuelto a nuestro imaginario la presencia de Carmen Mondragón, así como el trabajo de Adriana Malvido. Los sobrinos de Nellie Campobello, Carlos y Rafaela Moya Ochoa, mantienen vivo el legado de una de las escritoras más importantes de la Revolución Mexicana y de la fundadora de las danzas indígenas de México. Sin embargo, hay todavía mucho por hacer. Empezando por la necesidad apremiante de reeditar sus libros.

Si leyéramos las obras de Nahui Ollin, Antonieta Rivas Mercado y Nellie Campobello las mujeres y los hombres mexicanos de hoy en día tendríamos modelos libertarios, innovadores, contestatarios, progresistas y sabios que imitar. Ahí está su legado. Es nuestra responsabilidad rescatarlo para las generaciones presentes y por venir.

Los festejos del Centenario de la Revolución Mexicana brindan la oportunidad de volver nuestra mirada a estas tres grandes creadoras, pensadoras y revolucionarias mexicanas. Nuestro compromiso: leer su obra para comprender mejor nuestro presente. •

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI. Es crítica y profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Nuevo Mexico, EUA. Contacto: patricia@lopategui.com